

Dario
Villanueva

"Anales de la novela
española contemporánea"
de la S.S.S.A.S

AMD, 40, 11, 11

101

lago de Inla, a que hace referencia el título: «Es la calima, ese viejo polvo africano que ha ido enmohecendo las voces isleñas hasta hacerlas enronquecer, hasta volverlas afónicas hacia la desesperanza» (pág. 25). También le diferencia de Grosso una mayor intensidad en el empleo de un «lenguaje no mimético», esto es, un estilo que refleja constantemente la actitud del narrador hacia el mundo presentado, con un barroquismo en contraste con la asepsia de los informes policiales que se intercalan oportunamente. Estoy de acuerdo con J. M. Caballero Bonald en que esta es la más ambiciosa novela de Armas Marcelo,⁽⁷⁾ pero no la más lograda, pues *Calima* no tiene el equilibrio de estructura y estilo de *Estado de coma* (1976).

También la actualidad del proceso político español, jalonado de esperanzas y sobresaltos, sigue recabando la máxima atención de nuestros novelistas. A esa incitación responde la última obra de Miguel Delibes, *El disputado voto del señor Cayo* (Barcelona: Destino).

Las constantes de la poética delibeana, que ha resultado de un ejemplar proceso de búsqueda y depuración hasta organizarse en un sistema literario de sorprendente economía, se dan cita aquí puntualmente: una armónica combinación de un tiempo narrado breve --menos de dos días en este caso--, un elenco también escueto de personajes principales, cuyo continuo diálogo deja escaso margen de presencia textual al narrador, una anécdota leve que surge de la campaña electoral de un partido de izquierda para las primeras elecciones generales, y, desde esa irrelevancia argumental apenas alterada por algún que otro clímax de tensión, un eficaz vuelo trascendente que confiere a la obra peso y sustancia. En este sentido Delibes renueva su conjuro al cainismo de las dos Españas, aunque parece inclinarse más hacia el pesimismo de sus dos últimas novelas que al rayo de esperanza representado por la actitud integradora del hijo en *Cinco horas con Mario*; reitera su sincero «menosprecio de corte y alabanza de aldea» y manifiesta un cierto escepticismo hacia la virtualidad humanista de la democracia formal, de lo que parece haber algunos signos en el sentir popular a cuyos dictados tan sensible es --y de ahí su éxito-- nuestro autor.

Es cierto, como propuso Alfonso Rey en su libro sobre Delibes, que no sólo en lo argumental sino también en lo constructivo sus obras son novelas de personaje, novelizaciones de diferentes puntos de vista. Pero se me figura que el personaje en



Delibes es sobre todo una realización lingüística, más una voz que un tipo o un carácter, y el perspectivismo dialéctico en sus libros surge del contraste entre diversas voces --la cantinela de Menchu y el eco de Mario; el hablar libre en Candi, directo en Pacífico Pérez-- como ocurre también en *El disputado voto del señor Cayo*.

Tres representantes envía el partido a tres pueblos perdidos en la sierra de una provincia castellana: dos candidatos a diputados --Víctor Velasco, profesor universitario, que está en los cuarenta, y Laly, una licenciada en Matemáticas más joven que él-- y un militante, Rafa, de unos veintitrés años. Tres edades, tres mentalidades pero, sobre todo, tres voces diferentes. El habla de cada uno de ellos representa algo así como otros tantos solos tras el estridente concierto de los dos primeros capítulos, donde, en la sede del partido, habíamos empezado a distinguir dos idiolectos. Los mayores, Víctor y Laly entre ellos, se expresan, aunque con mayor contención y riqueza, con un considerable desenfado imitativo de la lengua monótona, convencional y empobrecida de los más jóvenes. El viaje aparta a la embajada política del pandemónium ciudadano y así cambia el paisaje, así, radicalmente, cambiará la lengua en la primera localidad del itinerario. Allí, casi en plena soledad, el señor Cayo, con su voz serena, exacta, sentenciosa y austera. «--Me parece a mí que no vamos a entendernos» (pág. 107), apunta enseguida el campesino octogenario, y no se refiere únicamente a las palabras, sino también a los pensamientos, a dos encontradas filosofías de la vida: el choque perspectivista de los personajes ciudadanos y el señor Cayo es tan brutal como el del salvaje de la Reserva de Nuevo Méjico y los civilizados de la Era Fordiana.

Pero hay una quinta voz en el concierto de *El disputado voto por señor Cayo*: la voz del narrador, objetiva hasta cierto punto, pero parcial en cuanto se vuelca hacia uno de los lados. En los capítulos ciudadanos el narrador, con gran sutileza, presenta peyorativamente la realidad para hacer luego lo contrario a medida que la aldea, desde el tercero, pasa a primer plano. Sabe entonces llamar, como Cayo, a cada cosa por su nombre, y se recrea en un descriptivismo diríamos arqueológico de los usos y objetos que se ven para siempre arrumbados por el progreso; descriptivismo que, a fuer de objetivo, resulta parcial, pues se identifica con una voz de la novela y se opone a otras.

Por todo la última obra de Delibes ofrece, mediante la contrastación lingüística de tres generaciones, un brillante documento de



los instantes inaugurales de un nuevo ciclo histórico de España, tan sólo oscurecido en mi opinión por su extraño final, excesivamente didáctico --nada nuevo, por cierto, en Delibes--, de la excursión electoral de Víctor, Laly y Rafa a los pagos del señor Cayo.

* * *

En la línea de la literatura testimonial sigue incrementándose el capítulo de la guerra civil. En 1978 varios excombatientes republicanos han procedido a novelizar sus vivencias bélicas. Este es el caso de Sebastián Pelegrí Alegret y *Veinticuatro horas para morir* (Barcelona: Sepeal), pormenorizado diario de la batalla de Teruel tal y como la vió el autor, a la sazón soldado de ingenieros del ejército leal. En Méjico, donde aún reside, ha publicado José Bolea una novela de estructura retrospectiva, *Puente de sueños* (Méjico: Xaloc). La no muy extensa obra de Bolea es, sin embargo, injustamente poco conocida en España. *Viento del Noroeste*, de 1972 (Méjico: Oasis, 2ª edic. 1975) es un apasionado y a la vez riguroso ensayo histórico que reivindica, en contra del menosprecio de algunos investigadores anglosajones, la figura de los navegantes españoles Andrés de Urdaneta, --fundador de la ruta del llamado «Galeón de Manila» o «Nao de China»-- y Sebastián Vizcaíno, explorador concienzudo de las dos Californias; y *La isla en el río* (Méjico: Oasis, 1971), su primera novela con la que hay que emparentar, en cuanto a contenido y concepción, la que ahora saludamos. En aquélla, un español exiliado en Méjico redacta una narración en la que cabe tanto su infancia, adolescencia y juventud como la historia de un amplio mosaico de personajes, vecinos, como el autor, de un mítico pueblo valenciano, Citra. El alcance cronológico del relato primero de *La isla en el río* termina con el advenimiento de la República que el narrador espera ansiosamente en el Madrid de sus estudios universitarios. *Puente de sueños*, por su lado, descansa sobre los recuerdos de otro nativo de Citra, Daniela de la Peña, quien agoniza en Méjico en 1976. La historia de su familia remonta el relato hasta finales del siglo XIX, pero el núcleo fundamental del mismo arranca de julio de 1936, cuando Daniela termina su licenciatura en la Universidad Complutense, y continúa en Valencia y Barcelona, donde la joven se une a un amigo de la infancia, Roberto Antich, comandante republicano, hasta la forzosa

huida a Francia. El arte narrativo de Bolea, por su desbordante acumulación de personajes, episodios y asuntos, reitera la poética del «roman fleuve», y en *Puente de sueños* da cabida, incluso, a un amplio excursus sobre la historia de España, inserto gracias al personaje del profesor Rubí, y a un epílogo unamuniano en el que el autor dialoga con sus personajes.

Tiene gran importancia también la edición, ya en España, de una novela de Virgilio Botella Pastor, *Tiempo de sombras* (Barcelona: Argos Vergara). A este escritor alcoyano, nacido en 1906, se debe un arduo proyecto de episodios nacionales referidos a la guerra y el exilio de los derrotados. *Por qué callaron las campanas* (Méjico: Libertad, 1953) abre la serie con la presentación de los personajes principales --entre los que apenas si destaca el médico Ignacio-- en la circunstancia de la guerra civil. *Así cayeron los dados* y *Encrucijadas* (París, 1954 y 1962 respectivamente) corresponden al drama de los campos de concentración y las dificultades de los españoles que, desde Francia, deseaban pasar a América. Precisamente, *Tal vez mañana* (París, 1965) refleja la aclimatación de los exiliados en Méjico, y la reciente *Tiempo de sombras*, los problemas de los que quedaron en Francia cuando estalla la guerra mundial. Mientras el semi-protagonista Ignacio consigue permanecer en precaria libertad, algunos de sus amigos pasan de Argelès a campos de trabajo del gobierno de Vichy, y otros son internados por los nazis en Mauthausen. La novela atiende simultáneamente a estos tres dolorosos frentes de la diáspora, y en el relato centrado en Ignacio --su idilio con Luz-- va implícito el discurso de la reflexión humana sobre aquello de lo que la guerra, civil o mundial, es tan sólo un síntoma. Se le ha criticado a Botella Pastor cierto insatisfactorio ensamblaje entre lo colectivo --el relato de los avatares externos-- y la continua introspección a que se somete Ignacio, pero creo que en *Tiempo de sombras* este procedimiento se ha ajustado al fin y le confiere a la novela una trascendencia notable. Cuatro entregas más, que esperamos desde ahora, *La Babel encantada*, *La gran fábrica*, *Camino de la victoria* y *Todas las horas hieren*, completarán esta impresionante saga novelesca, junto a la cual hay que colocar como perfecto complemento --crónica del llamado «exilio interior»-- la tetralogía «Los años de la ira» de Angel M^a de Lera, quien ha preferido esta vez a cualquier empeño narrativo la redacción de *Angel Pestaña. Retrato de un anarquista* (Barcelona: Argos). Concretamente para evitar cualquier posible